

La Guayana:
Sueño de demente,
por Juan Padrón
Melián.

• **PADRÓN MELIÁN, Juan.** *La Guayana. Sueño de demente;* [prólogo, Jesús Páez Martín]. Las Palmas de Gran Canaria: Tip. La Provincia, [1932]. [Cubiertas ilustradas por Néstor. Con dedicatoria autógrafa del autor].

LA GUAYANA. SUEÑO DE DEMENTE DE JUAN PADRÓN MELIÁN (Las Palmas de Gran Canaria, 1894 - Inglaterra, 1986). Juan Padrón Melián fue redactor del periódico *La Provincia*, se incorpora a su plantilla en 1932. *La Guayana* rememora, como bien nos relata el periodista en el prefacio del libro, *el delirio y frenesí de la vida en esas latitudes*. Padrón Melián dedica el libro a Alfredo Hornedo Suárez (1882-1964), editor del principal rotativo cubano *El País*, además de ser su director y propietario. Tanto la cubierta delantera como la trasera están realizadas por Néstor Martín Fernández de la Torre y ambas están firmadas y fechadas en 1932. Transcribimos el prefacio de la obra a continuación:

A modo de prefacio

Esos que hoy se van, volverán con el tiritar de frío de las nieves del alma, en busca del calor del regazo materno

Cuando niño, en mis juegos infantiles, siempre me pintaba como un navegante incansable. En mi imaginación cada viajero era un nuevo héroe, émulo de un Cristóbal Colón. A veces quería ser Neptuno o Anfítrite; otras Cástor o Pólux, pero siempre Júpiter, rey de los dioses.



Ilustración de Néstor para la cubierta delantera de *La Guayana: sueño de demente* de Juan Padrón Melián (1932). Archivo-Biblioteca de la Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

La llegada de los barcos que diariamente visitan el puerto de Las Palmas de Gran Canaria, de mi ciudad natal, era para mí, la embajada de otros horizontes que nos traía hálitos de civilizaciones, exotismo y aventura.

A falta de otro campo propicio a mis prácticas de argonauta, visitaba esos buques, acodándome por la banda contraria al atraque, mientras la imaginación corría veloz, figurándome capitán de la nave, en lucha con los enfurecidos

elementos. El despertar era siempre miserable. Yo, capitán sin miedo, tenía que saltar a tierra antes de que las horas avanzaran y mi padre, que no tenía en cuenta mi rango de capitán ni mi condición de jefe de los dioses me diese un tirón de orejas.

Varias veces intenté marcharme de polizón, pero al intrépido navegante le faltó siempre valor.

En el año 1917 conseguí que el autor de mis días me diese su permiso, y su dinero, para embarcar hacia América. Por fin mis sueños iban a verse realizados. Tomaría por asalto la isla de Cuba; plantaría mi bandera en el Canal de Panamá y desde las estepas de Canadá hasta las de la Patagonia, pasearía mi fama de aventurero, hallando con mi pie todos los suelos y todos los climas.

Han pasado los años; estamos en 1932. Hoy llego a mi tierra como el náufrago al remanso y respiro satisfecho, contemplando los barcos que salen, los pasajeros que lleguen, el bullicio de puerto y el chirrido de la grúas. Contemplo todo eso con lástima para los que se van. Verán quizá maravillas técnicas, grandes avenidas, parques inmensos, edificios imponentes, bullicio eterno, algazara, baile, alegría ficticia, comodidades, nuevas religiones, otras costumbres y otra moral, pero no verán mujeres más lindas ni amores más puros que los que dejé en la tierra.

En mis años de ausencia he visto mucho, he sufrido más y lo he ansiado todo. Lo único que he logrado adquirir sin esfuerzo son años que ya no se van, e ilusiones que han quedado dormidas.

De lo que he visto, de lo que he soñado; de esas ilusiones y de esos horrores diré algo.

Nada más espantoso que todo lo que he visto y me han contado, que el Penal de la Guayana francesa. Por ello, buscando el contraste entre las turbias aguas de aquellos días y las claras de hoy, es por lo que rememoro en *Sueño de Demente* el delirio y frenesí de la vida en esas latitudes.

Aún me parece sentir el zumbido de la jungla y el sonido del tambor de los nativos; el grito de agonía del que

muere y el aullido lujurioso del que, convertido en fiera, revienta a la hembra envuelto en el murmullo celestinesco de la selva, oyendo el canto sensual de la naturaleza.

He procurado poner al desnudo las pasiones exéctales que anidan en estas tierras, de las que, ni aun el espantoso problema sexual con sus contubernios horripilantes en los que la sangre y el dolor son estímulos embriagadores.

Lo que relato es simplemente buscando lo ameno e interesante de algo de lo que sucede en un Penal cuya posición geográfica y disciplina rigurosa no permite que los detalles de la vida en el mismo lleguen al mundo exterior con la misma facilidad que si se tratara de un establecimiento situado en el continente europeo.

No trato de hacer crítica internacional y menos de ofender al sentimiento patrio de los franceses.

Todos los países tienen sus leyes y sus penales, en los cuales la vida, es un tormento físico y moral. El mejoramiento de esos sistemas no es privativo de tal o cual nación, sino de un proceso evolutivo de la política social de los pueblos, que hasta ahora tratan al delincuente como a un criminal, sin considerar la irresponsabilidad de todo aquel que delinque.

Más que penales hacen falta hospitales e instituciones en los cuales examinar y educar las inclinaciones anormales de seres que obedecen a influencias superiores a su voluntad, producto casi siempre de un fenómeno que habría de ser explicado por la patología.

Esos seres malos, se hacen aún más malos, viviendo bajo la influencia de los trópicos que trastorna la mente de los que no tienen un cerebro equilibrado y carecen de facultad de aclimatación.

Los guardianes sufren la influencia del clima y del peligro en que ellos mismos viven y, por tanto, nace una severidad disculpable en la que incurriríamos todos los que fuésemos colocados en iguales circunstancias.

He tratado de relatar todo lo desconocido, por crudo y cruel que parezca, buscando lo que a mi juicio puede atraer la curiosidad de la civilización occidental.

Si en la jungla africana hubiese prensa, seguramente que los hotentotes, dirían algo acerca de nuestras costumbres que, para ellos, estaría adornada por lo exótico. Por igual razón nosotros, que tenemos prensa, llevamos a ella lo que sea divulgación amena e instructiva.

Ese es mi propósito, que deseo aclarar, a fin de desvirtuar falsos conceptos de fobia que no abrigan en mí.

JUAN PADRÓN MELIÁN, 1932

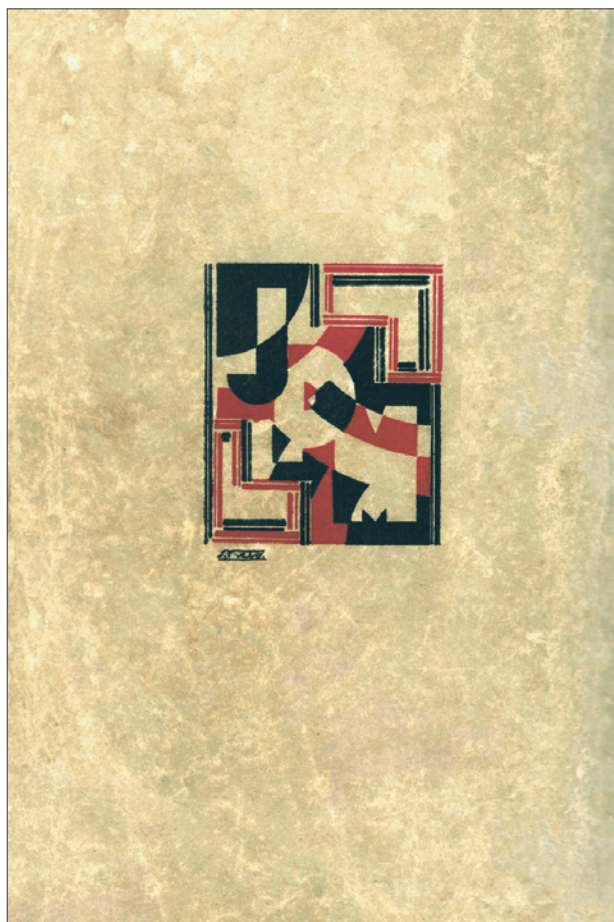


Ilustración de Néstor para la cubierta trasera de *La Guayana: sueño de demente* de Juan Padrón Melián (1932).

Archivo-Biblioteca de la Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.